



# Ortiz Pacheco: Poeta

recónditos. A momentos asoma un paisaje metafórico de lugares, pero éstos aluden a climas y prefiguraciones de su mundo interior.

Su poética trabaja en la necesidad de un presente; nada de viajes a pretéritos parajes: puro presente, presente descarnado. En **PLENITUD DE PLENITUDES** se halla ausente la memoria. Apenas —a destellos— asoma la nostalgia, pero finalmente se impone el imperio de hoy. Desde ese hoy se dialoga con lo perecedero y con las faenas del corazón y, desde ese hoy se dialoga con la ontología inmediata, que no es como Rimbaud "un autre", sino el sí mismo de energías introspectivas y cambiantes: la piel procelosa del instante.

Los poemas de Nicolás Ortiz manifiestan una sentida urgencia de comunicación, de ahí es que la interlocución sea la marca predominante de su discurso. No se quedan en el monólogo como es fama en ciertas formas de poesía solipsista. Su palabra se halla abierta al otro, sea para exponerse a la intemperie de la sinceridad radical, sea para cabilar o para poner en entredicho desde su propia visión de mundo. A propósito en diferentes poemas, tomados al azar expresa: **"No son manchas, hermano, tus flaquezas"**, o, **"Nunca sabrás vivir: ese es un arte / Flor de la humanidad para otros seres / Eres poeta, nada más tu eres / Y estás predestinado a torturarte"**. Otros poemas tienen el carácter de alegatos, y algunos más, un perfil confesional.

Uno de los interlocutores privilegiados en la poesía de Nicolás Ortiz Pacheco es la mujer, traduciendo de este modo la búsqueda incansante del eterno femenino. Mas, esta búsqueda no culmina en el arribo a los puertos de la consagración amorosa. Hay un imposible deletéreo que impide el abrazo pleno. Para el poeta, más que el cuerpo y los poderes de la sensualidad, es la mirada lo que convoca el encuentro. **"Besar no quiere con los labios / ni quiere hablar de sus antojos, / Mas besa y habla con los ojos / Con infinita intimidad"**. **"Por los ojos regresan los recuerdos / de cuanto llega al alma por los ojos"**. Un erotismo sublimado —o acaso sentimental— se place y complace en la mirada deseante. Ya lo decía a su modo, Octavio Paz: las miradas son semillas, mirar es sembrar.

En su poesía la mujer asume rostros diversos, a momentos culmina en la adoración idolátrica: **"Quiero hacerte mi diosa sacrosanta / Y que seas la hostia de mi vida"**, dice en el poema "Quiero". Ella es alternativamente, lo inalcanzable, la musa y la encarnación del mal. Con ella dialoga pasionalmente, y más que la sensualidad y el cuerpo es la palabra y la prefiguración del amor, como valor supremo, lo que lo vuelve devoto de un culto imposible: **"Amo, amé y amaré mientras yo viva, / y seré como soy cual siempre he sido; El dolor de mi pecho hizo una criba / Y del amor mi espíritu fue nido"**.

Por ello, la mujer no deja de ser una inminencia, también la materia del pecado, el alimento maldito, se diría. Son frecuentes los poemas en que nuestro vate alude esta condición; he aquí una colección de exempla: **"Como perversas aves matan a sus polluelos / ella arrullaba amores y asesinaba anhelos"**, **"Y sin embargo tu lealtad proclamas / Tu honradez, tu nobleza, tu decencia. / Y por el mal que haces a conciencia / llevas la maldición a lo que amas"**, o incluso ese otro verso que dice **"Me sedujo la carne femenina, / Aleve embajadora de la nada. / Gulen por hacer más rica su embajada, / Vino con vino, versos y cocaína"**.

Alguna vez, el Woody Allen escritor —no sin sorna— manifestó que la filosofía moderna puede ser leída como una novela policíaca: el asesinato de Dios. En efecto, el clima artístico e intelectual de la primera mitad del siglo pasado fue asumiendo el teocidio de múltiples maneras. Del modernismo al surrealismo, y del dadaísmo a la poesía concreta. La poesía de Nicolás Ortiz Pacheco no deja de tener un fondo jesucristiano, acaso apoyado en el imaginario social prevalente de la época. Ni concibe lo religioso como San Juan de la Cruz, poeta piadoso, ni es manifestamente nietzscheano ni virtualmente agnóstico. Más bien, hay una voluntad manifiesta de excentración de lo que predica la ortodoxia católica. Por ahí, se emparenta con espíritus como el de Georges Bernanos, quien pensaba que la conciencia del pecado es el mayor mal del mundo y del hombre. Pero nuestro poeta, no se enfrenta a esa afirmación de un modo interpelatorio sino más bien sardónico. El poema que explicita ampliamente lo afirmado es "Consuelo", y dice: **"Y no temas de gozarl, hay en el goce / calor, música, luz, matiz, aroma"**. **"La vida sin pecado es un pecado / de lesa humanidad y lesa vida / El ser que no cayó siempre es malvado, / Porque vivió de fuga o de embestida" y finalmente / Cuando ostenta una flor y una sonrisa. / El vicio es al galán de blanco guante / Y la virtud la vieja que va a misa"**. Al mismo tiempo el poema no deja de ser una proclama hedónica que se agita como un anatema sobre las hordas públicas de la hipocresía.

Ponado en el juego de la combinatoria axiológica, Nicolás Ortiz Pacheco desde su poesía recompone valores, los desmenuza, los humaniza, los confunde cual piezas de baraja, les cambia de signo; ahí radica su sigilosa subversión. Bien entendida, la subversión de los valores es la más peligrosa de las subversiones,

el poeta dice: **"Hallé que el bien y el mal no son rivales / Cuando encierran recóndita poesía"**. En este sentido Ortiz es un poeta con una fuerte conciencia moral, una moral que desde una sentida base cristiana busca reescribirse y reinventarse. Juego titánico y fuego mesiánico en las sencillas manos del poeta.

En la obra el sufrimiento y el dolor son materiales nobles de purificación poética. Hay que sufrir más para escribir mejor, parece decirnos. Dentro el orbe textual se advierten poemas que rezuman un vaho fatigoso y existencial, pero jamás resignado; para él el sufrimiento no es un castigo sino un arma, de ahí es que clame: **"Que el fecundo sufrir sea loado / porque nadie sin él llega a ser puro / Que alumbre la ilusión el pecho obscuro / Y sea artístico el pecado"** Tampoco se halla ausente de su poesía, el livido fantasma de la muerte. En ciertos momentos de desfallecimiento moral acude a Dios en Jesús, sin embargo cuando la parca ronda su espíritu no alude al Hacedor, lo pierde de vista, prefiere acercarse a esta experiencia límite con las cotidianas certezas de la vida... Para el poeta Dios puede ser necesario, aquí, en este mundo, pero el más allá —nos sugiere— es cosa nuestra. Dice el poema **"Morir no siempre es descender, yo asciendo / Al llegar a la meta del olvido. / No quiero recordar lo que he sufrido / Ni comprender la nada que comprendo // Y la nada me atrae como abismo; a su atracción no puedo sustraerme; / Estoy cansado, deslaviado, inerte; / me faltan ilusiones, fe en mí mismo; / Causo penas o estorbo a quienes quiero / Y a vivir de piedad morir prefiero"**.

Así, Nicolás, desde su soledad de poeta, apartado de la servidumbre utilitaria, y de la mirada común que la necesidad impone, va brotando su canto, antídoto contra el clamor de lo réprobo, libertad contra el veneno de lo irremediable. Su voz, sincera y desconcertante, frágil pero indestructible, crece sin apoyos oficiales, sin el respaldo tranquilizador de lo que ya ha sido probado y aprobado, como una especie de discreto milagro.

Alejado de la voz monocorde de las escuelas, agazapado con la antigua lámpara de las palabras, ausente de las mitologías que se le endilgan, camina don Nicolás Ortiz Pacheco. Testigo de sí mismo y su ambivalente circunstancia, de ese tiempo privado que es también nuestro.

Edwin Guzmán Ortiz. Poeta y Escritor Orureño

